

COLECCION "ALBORADA" N.º 8

BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION ALBORADA N.º 8

11(615-11)

Treinta y tres días de Espiritismo

SECCIÓN ONTROL

Interesantísima y auténtica relación de la distinguida educacionista chilena señora Mercedes Echeverria de Várgas.



Santiago de Chile Esc. Tip. "La Gratitud Nacional" Avd. B. O'Higgins 2303 1938

Arzobispado de Santiago de Chile

Santiago, 23 de Enero de 1937

PUEDE REIMPRIMIRSE Y PUBLICARSE

Fariña, V. G. S.

Guzmán, Prosecr.



Treinta y tres días de Espiritismo

I

Cómo y por qué me hice espiritista

La historia del espiritismo se remonta a los primitivos tiempos, quizás desde la época de la creación del mundo, o más bien desde nuestros primeros padres cuando habitaban en el Paraíso terrenal.

. Pero refiriéndome al espiritismo de hoy, podríamos fijar la fecha reciente en que se nos presenta

con nuevas y misteriosas formas.

Hace 54 años, en una ciudad de Estados Unidos, vivía un hombre que era contínuamente molestado con fuertes golpes en las puertas de su casa lo cual le hacía que no durmiera en toda la noche, de consiguiente era para él motivo de grandes molestias. En vano trató, valiéndose de mil medios, hasta de la astucia de cerciorarse de quién tenía la mala idea de incomodarlo de una manera tan terrible; todo fué completamente inútil, no encontrando ni enemigos, ni rastro alguno que le indicara la causa de tales ruidos.

Cansado el pobre Weekman, que así se llamaba este hombre, de tan misterioso alboroto, resolvió por fin irse a otra parte y abandonar aquella habitación.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando vinieron a habitar la misma casa el matrimonio Fox

con sus hijas Catalina y Margarita.

Pocos días después de la llegada de esta familia principia nuevamente a sentirse la lluvia de golpazos hasta molestar a los Fox. Estos al principio no le dieron gran importancia, lo atribuyeron solamente a abundancia de ratas o ratones. Al efecto tomaron sus medidas para acabar con todos ellos. Sin embargo, con asombro se vió que no había tales bichos en la casa; y los golpes lejos de disminuir, aumentaron en fuerza y cantidad. Los golpes, lijeros al princípio tomaron en seguida la forma y fuerza de martillazos o de chasquidos de látigos.

Un día la señora Fox, fastidiada de tanta bulla, hace la pregunta siguiente: ¿Quién llama y mete tanto ruido? Los golpes cesaron al punto. La señora continuó haciendo varias preguntas y todas eran seguidas de un completo silencio. Se le ocurre preguntar: ¿Es algún espíritu el que golpea? Se sin-

tió entonces un golpe seco y prolongado.

Muchas otras preguntas se siguieron, pero no hubo contestación. Al fin dice la señora: ¿Qué edad tiene mi hija mayor? Se sintieron catorce golpes, claros y bien marcados. ¿Y mi hija menor? Dieron doce golpes seguidos.

Era esto muy exacto; los golpes correspon-

dían a la edad de las niñitas.

Muy sorprendida la señora Fox, corrió a contar a su marido lo que acababa de oir; pero éste no creyó hasta que al día siguiente repitieron delante

de él las mismas pruebas agregando además otras preguntas que fueron contestadas en el acto; continuando un diálogo animado y asombrando por completo a Mr. Fox.

A partir de ese momento, corrió por todo el estado que el comunicarse con los seres invisibles. era moneda corriente.

Pareciéndole al práctico señor Fox que la fortuna venía en su busca, tomó la resolución de no perder la oportunidad que se le presentaba e hizo que tal novedad se la pagaran los yanquis a precio de oro. Al efecto, se trasladó a la ciudad de Rochester y abrió allí una oficina de comunicaciones con los espíritus donde acudían las gentes a millares.

Los espíritus, por su parte, no le dejaron mal, acudiendo con frecuencia a las citas que se permitían darie las señoritas Catalina y Margarita Fox, heroínas o "medium" de aquella que desde un prin-

cipio llamaron "Religión Espiritista".

A medida que avanzaba el tiempo, las apariciones de todo género se sucedían. En fin. las transformaciones iban en aumento y la caja de Mr. Fox

se llenaba de oro con rapidez.

Los Fox tuvieron la habilidad de ayudar a los espíritus, proporcionándoles una clave que les hiciera más fácil la comunicación con los vivos, la cual consistía en dar tales y tantos golpes para cada una de las preguntas más usadas, y los espíritus la aceptaron gustosísimos.

Pero como esto sería discurrir muy poco, porque así no podría seguirse una conversación sino a medias, acordaron servirse del abecedario y de la escritura; así de ese modo pudo llegar a establecerse la comunicación entre los seres "descarnados" y los parroquianos de Mr. Fox.

Tal noticia no podía menos de picar la curiosidad de muchos, así es que la familia Fox tuvo numerosos competidores; pero ellos como descubridores ,tuvieron siempre preponderancia sobre los demás. Noticia de tal magnitud no podía quedar solo entre los americanos; llegó muy en breve a Europa y con la rapidez del rayo, esparcióse por todos los países, distinguiéndose por su entusiasmo las ciudades de Turín, Londres, Génova, Venecia y otras en que se dieron repetidas sesiones públicas de espiritismo a las cuales asistían personas de respetable posición social.

Pasaré ahora a referir cómo y por qué me hice

espiritista:

Esto fué solo debido a una casualidad:

Jamás había llamado mi atención todo cuanto se relaciona a hechicerías, mesas giratorias, espi-

ritismo o cosas parecidas.

Siempre creí que todo esto no era más que pérdida de tiempo y puras supercherías: de consiguiente siempre me creí a cien leguas distante del espiritismo.

Fuí una noche a hacer una visita a una respe-

table familia amiga mía.

A mi llegada, noté algo extraño en aquella reunión; cierta frialdad, que francamente me mortificó un tanto. En un instante llegué a creer que mi visita era inoportuna y fué para mí un momento de confusión. La dueña de casa, amable e inteligente señora, muy luego me quitó tal idea. Me dijo: "Estamos en una sesión de espiritismo, ¿quisiera usted ver?" Yo me sorprendí; pero en el acto contesté a mi amiga que sí. Acepté más bien por no interrumpir, que por curiosidad; francamente, no tenía interés en conocer tales cosas.

Me fijé entonces que al extremo del salón había una pequeña mesa y medio diseminados, cerca de ella, varias señoritas y caballeros que se habían levantado en el acto de mi llegada.

Al oír la voz de mi amiga, que les hacía continuar, cuatro personas se sentaron alrededor y

extendieron sus manos sobre la mesita.

En ese momento la sala quedó completamente silenciosa; nadie hablaba: las cuatro personas de

la mesa permanecieron serias y cabizbajas.

Yo por mi parte, no me daba cuenta de lo que estaba pasando; me fijaba en cada una de las personas, las cuales permanecían absortas; parecía que a todos se les había olvidado que hacía apenas un momento que yo había llegado. Quise hablar y no me atreví; ni hallé quién estuviera en disposición de oirme.

Por fin, al cabo de diez minutos de religioso silencio, una de las cuatro personas que rodeabar la mesa, hizo esta pregunta: ¿Hay aquí algún espíritu? La voz acompasada y el tono bajo en que fueron pronunciadas y luego los ojos fijos en un solo punto de la mesa, me causaron tanta extrañeza que no puedo explicarlo. Este personaje era un joven como de veinte y seis años de edad, de semblante pálido y una gorrita de paño que caía sobre su frente, no sé si sería para ocultar su rostro de las cuatro luces de gas que había en el salón; o porque así podría reconcentrar su pensamiento para algo que lo preocupaba mucho: lo cierto es, que el joven tenía en ese momento una gravedad particular.

Ahora que lo sé, puedo decir que aquel joven

hacia de "medium" en esa sesión.

Por eso al preguntar el referido "Medium":

¿Hay aquí algún espíritu? Se lo preguntaban a la mesa.

Debo advertir que sobre la mesa había escrito un alfabeto de la lengua castellana.

La mesa dió un golpe.

El "Medium" dijo: ¿A quién llamamos?

Todos fueron de opinión que se llamara al espíritu de un grande hombre, de un héroe muy conocido de todos.

Medium. — Espíritu quién sea que fueres dinos ¿podrá venir el espíritu de ...? La mesa dió un golpe.

Medium .—Bien, puede venir, lo esperamos!
Transcurridos cinco minutos, la mesa se movió a distintos lados.

Medium.—; Qué espíritu ha llegado?

La mesa principió a dar golpes, de modo que cada tantos golpes correspondía a una letra de nuestro alfabeto, hasta llegar a formar, con toda claridad, el nombre y apellido del héroe que todos pedían.

Cuando se anunció la llegada de este personaje, no sólo el "medium", sino todos los de la reunión lo saludaron con respetuoso cariño. El, por medio de la mesa y con sus respectivos golpes, formó la palabra "gracias!".

Hasta entonces yo no hacía otra cosa que reirme interiormente y mi sorpresa subía de punto al ver que con tanto recogimiento y seriedad pudie-

ran jugar con una mesa.

¿Cómo es posible, pensaba yo, que jóvenes inteligentes, caballeros y señoras de respeto estén haciéndose los que creen, y puedan permanecer tan formales. ¿O será por burlarse de mí? Todas estas ideas absurdas se venían a mi imaginación. Medium.—; Qué se pregunta al espíritu de...? La señora entonces, me dió la preferencia para que preguntara algo referente a mi familia. Indiqué saber si mi padre, ausente muchos años, vivía o nó.

El "medium" repitió mi pregunta.

La mesa contestó por un golpe que sí.

Medium—; En qué parte?

La mesa formó con golpes las palabras siguientes "Washington, Lyberty Street, número 2.221."

Esto, aunque me sorprendió, no me hacía creer todavía.

Seguí haciendo infinitas preguntas, las que el "Medium" repetía y la mesa con sistemática puntualidad contestaba.

Yo decía continuamente: Ustedes mue ven la mesa!

A pesar de esto no conseguí que aquellos caballeros y aquellas señoras, dejaran de estar tranquilamente serios, como cuando se trata de un asunto de mucha importancia.

El "Medium" continuaba preguntando y recibiendo con toda paciencia las contestaciones de la mesa.

Por último se me ocurrió hacer una pregunta, cuyo dato sólo era sabido en esa reunión por mi misma y creí imposible que la mesa pudiera contestar.

Pues, la mesa por medio de sus golpes contestó

con toda exactitud!

El oir tal contestación, me causó gran asombro, y quedé como petrificada, no me reí ya; creí que había en todo esto un fenómeno desconocido y me quedé abismada; me encontré de repente sin

saber qué pensar; la respuesta que la mesa acababa de dar no podía ser casual.

El "Medium", al verme tan seria preguntó:

¿Se ha equivocado acaso el espíritu?

Dije: precisamente es lo que que yo puedo ase-

gurar, que no se ha equivocado.

El "Medium", dió por terminada la sesión, despidiéndose del espíritu con toda cortesía y dándole las gracias por haber tenido la amabilidad de querer venir a hablar con nosotros.

Yo me retiré a mi casa muy preocupada con lo que acababa de ver. No deseaba creer; pero sí quería indagar para cerciorarme por mí misma si fuera posible, qué había de verdad.

Deseaba saber si era un juego hábilmente coordinado, o era cierto que los espíritus venían. Tomé la resolución de hacer pruebas hasta convencerme. Por otra parte, me encontraba sin tener con quién hablar confidencialmente sobre el particular.

Al día siguiente teniendo muy en mi memoria lo que los espíritus habían dicho respecto de mi padre, escribí tres cartas dirigidas a personas que residen en Estados Unidos, enviándoles al mismo tiempo las señas de lugar calle y número de la casa habitada por mi padre. Les pedía también, en caso de que existiera, me enviasen un telegrama.

Dada la respetabilidad de las personas a quienes me dirigía yo estaba segura que cumplirían con exactitud mis encargos. Eso sí que tuve buen cuidado de no decirles en mis cartas, que tales noticias las había obtenido por medio del espiritismo; porque temí que esos señores, entre ellos uno que es mi propio hermano, me tuvieran por loca.

Tal vez se me disculpará que con tanta ligereza

diera semejante paso. ¡Se trataba de un padre ausente tantos años!

Me dediqué, pues, a hacer la prueba de si podría conseguir magnetizar la mesa. Arreglé al alfabeto en la forma que se me indicó. Hice algunas preguntas que me fueron contestadas con bastante negligencia.

Faltaba saber quién en mi casa podría ser "Medium".

Hice esta pregunta y la mesa valiéndose por primera vez del abecedario, dió con ligereza los golpes necesarios hasta formar mi propio nombre y apellido.

No puedo negar que tal revelación me llenó de satisfacción; pues ya tendría yo amplio campo para descifrar el misterio de lo desconocido; para trasmitir a los demás lo que enseñaran los espíritus. ¡Qué de cosas útiles iba a saber! ¿Sería verdad me vinieran los espíritus? Dicen que son las almas de los que mueren: Entonces vendrían a mi llamado los bienaventurados que están en el cielo; las almas de los que están purificándose en el purgatorio: hablaríamos también con los desgraciados que desprecian la ley de Dios en este mundo por seguir sus propios instintos y allá habrán recibido el castigo de sus malas obras; ellos mismos nos contarán todo esto. Consolaré a mis amigos dándole la buena nueva de cómo deben llevar sus negocios. ¡Oh, sí es así, qué grande es el espiritismo! ¿Por qué todos no son espiritistas?

Todas estas reflexiones me hice, y otras más cuando supe que podía servir de "medium".

Principié, pues, mis estudios espiríticos, con entusiasmo y curiosidad; pero siempre con el ánimo de convencerme de la verdad.

Todo el tiempo que mis ocupaciones de dueña de casa me lo permitían, me sentaba alrededor de la mesa con dos o tres personas que me acompañaban en esta tarea. Momentos después la mesa se movía y los golpes no se hacían esperar.

Cada día, el fluido o los espíritus se presentaban con más facilidad. La escritura era lenta a! principio, luego pude hacerlo con suma rapidez.

Apenas mis manos tocaban la mesita, los espíritus se presentaban dando a conocer sus nombres.

Pocos días habían trascurrido y ya la lista de los espíritus evocados era muy larga, de nacionalidades distintas. Unos eran americanos, otros italianos, franceses, españoles, ingleses, chinos, alemanes, etc.

Demostraciones de golpes en los techos, en las puertas, sombras, durante y fuera de las sesiones no faltaban.

En fin yo progresaba en el arte de los espíri-

Hubo vez que la mesa no esperó que yo fuera a buscarla, ella sola se vino a recibirme.

En esta tarea pasé "treinta y tres días".

¿Me convencí de que el espiritismo existe, le que es bueno, de que efectivamente vienen a nuestro llamado las almas de los que mueren?

Lo iré diciendo en los capítulos siguientes.

no verdentes signi sain a con



other braces in meet toom party on in.

The area of the second of a section of the second of the s

resident attendancia capiq

II

¿Existe el espiritismo?

Creo que el espiritismo existe; porque no sería suficiente motivo que dos, tres o mas personas formen una cadena juntando las manos sobre una mesa y ésta se mueva a voluntad del individuo que hace las veces de presidente o de "medium".

Creo que al infiltrar el fluido sobre la mesa, éste sirve de trasmisor para atraer allí una inteligencia superior que contesta a una pregunta, que escribe, que da golpes, que lee y trasmite al papel el pensamiento de una persona.

Que a veces acierta con la hora y el momento, con la edad de una persona que no está allí presente y que los que están reunidos también ignoran; con el año, mes, día y hora en que murió tal o cual persona etc.

Es preciso que la mesa entienda la pregunta que se hace para dar una contestación, porque si no fuera así, golpearía al acaso, sin tino ni orden y no podría formar una palabra hasta dar una contesción. Mientras por el contrario se ve que elige con toda agudez las letras que han de formar las palabras y a veces también se anticipa a contestar a una

pregunta que alguno hace por allá retirado de la mesa.

Otras veces la mesa toma parte en la alegría general de la reunión, corre, desviándose de las manos que la sujetan; se le dice que baile y lo hace; vaya e inclinese delante de aquella persona y también lo hace.

Me ocurrió en varias ocasiones entrar a una pieza donde sin saberlo yo, magnetizaban y eletrizaban una mesa y esta corrió a mi encuentro; varias personas se esforzaron en sujetarla cargándodose en ella, y no pudieron conseguirlo hasta que llegó a mi y quedó afirmada sobre mi brazo.

En otra ocasión cité a un espíritu a las nueve y media de la noche y como no me fué posible a esa hora acercarme a la mesa, a la misma hora convenida, se sintieron fuertes "pasos" en la pieza siguiente y grandes golpes en las puertas. Apenas puse las manos sobre la mesa principio a moverse, y también mi mano derecha. Tomé papel y lápiz y mi mano escribió "He llegado con exactitud, me

anuncié por pasos y por golpes".

Me ha acontecido también, que estando sola y en actitud de escribir, apenas en mi imiginación he formulado una pregunta, mi mano ha contestado inmediatamente y he formado un diálogo mudo por mi parte y escrito por mi propia mano. Las contestaciones de este extraño diálogo, me hacían asombrarme, porque eran contestaciones raras. Lo mismo que cuando dos personas tratan de un asunto importante; pero que no están de acuerdo en todo: el uno dice: "tal razón", el otro: "pero hay que agregar esto, porque daría tal resultado".-No me parece dice el uno": "pues es así dice el otro".

De manera que entre un "medium" y una me-

sa hay "dos" voluntades, puesto que el uno dicenegro y otro dice blanco.

Hay entonces una inteligencia que hace mover la mesa.

Un pedazo da madera no entiende, no habla, no puede obedecer, ni responder a una pregunta.

Dije una vez: ¿en qué está pensando don Fulano? caballero que estaba distante de la mesa.

La mesa escribió por mi mano: "en tal cosa". Era exacto; pero el caballero dijo en el momento: "pero falta algo". Mientras el caballero hacía esta observación, ya mi mano completaba el pensamiento del caballero.

Hay personas que dicen: no hay tal espiritismo, es solo un fenómeno de hipnotismo.

Entienden por hipnotismo la trasmisión de la voluntad o el pensamiento de una persona a otra...

Pero aquí en lo que se llama espiritismo vemos que no hay trasmisión de la voluntad, porque al contrario vemos en el diálogo anterior, el "medium" tenía una idea y la mesa o un espíritu tenía otra.

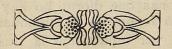
Ahora, ¿cómo mi mano escribió el pensamiento de una persona que se encontraba a gran distancia de nosotros? ¿quién impulsó la voluntad del caballero para atraerla hasta mi mano?

Otro ejemplo nos probará que no hay aquí trasmisión de la voluntad del "medium": una persona escribió en un papel algo, lejos de la mesa, y en un sobre cerrado lo puso sobre ella: Me dice: "que conteste a eso". Por medio de golpes primero, y por la escritura después, recibió los datos que pedía dentro del sobre y con exactitud.

Se comprueba que no es hipnotismo, pues en el

caso que antecede no ha habido modo de que se trasmita la voluntad.

Los hechos, la razón me dicen que existe el espiritismo, pero, ¿es bueno?, ¿qué esplicación tienen sus fenómenos? Lo veremos en los párrafos siguientes:



"anyme was a past of the state of



BIBLIOTECA NACIONAL RECGION CHILENA

Ш

¿Qué explicación tienen los fenómenos del espiritismo?...

En el presente capítulo me ocuparé en narrar algunos diálogos que tuve en distintas sesiones de espiritismo.

Omitiré por completo algunos de ellos, por creerlos inconvenientes, o porque teniendo que suprimir nombres propios se hace más difícil la redacción: Además necesitaríamos de mucho espacio para referirlos todos.

Señalaré para mayor facilidad y evitar repetición de nombres, la palabra "medium", con solo "M" y "Espíritu" con la inicial "E".

Cuando me introduje al espiritismo, quise observar con estricta escrupulosidad, todas las reglas del arte, es decir, hice lo que se me dijo que hacían los grandes espíritistas cuando evocaban a los descarnados.

Con la mejor intención y devoción principiaba las sesiones, dirijiéndome a Dios para pedir que alejara a los espíritus malos, jocosos o burlones y mandara alrededor de la mesa sólo espíritus benévolos, 2.—

Hecha esta oración, con el recogimiento debido, pedía que viniera el "espíritu" de un grande hombre, si así me lo pedían. Momentos después la mesa se ponía en movimiento, ya rápido o lento, según el carácter que el evocado tuvo en vida.

Desde los primeros días, no me cupo duda que eran espíritus los que contestaban a mis preguntas.

Un día, llamábamos a una persona de mi famidia; la mesa comenzó a moverse, o más bien a remecerse.

Medium.—; Ha llegado el espíritu que llamé? La mesa se movió.

Pasado un rato volvió a principiar el mismo movimiento brusco que al principio, como l'amando la atención

M.—; Qué espíritu se encuentra aquí? E.—"Soy E. G." (con todas sus letras).

La admiración de toda la familia fué muy grande al oír tal nombre. El nombre que acababa de aparecer era el de una amiga que había dejado de existir hacía muchos años y nadie tenía por qué recordarla aún.

M.—; Por qué ha venido? ; Se le ofrece algo?

E.—Sí.

M.—; Qué necesita?

E.—Doce rosarios y una misa (1).

Este espíritu se negó a hablar por golpes, movió mi mano como para que escribiera; tomé un lápiz y escribí por primera vez con gran asombro de todos.

⁽¹⁾ Astucia muy frecuente del demonio para engañar a las personas religiosas y timoratas sobre el carácter diábolico del espíritismo. (Nota de los EE.)

M.—Le prometemos a usted hacer lo que nos pide.

E.—Gracias.

Pasados algunos días estábamos en comunicación con un espíritu que la historia nos cuenta sabía mucho de astronomía. Concluíamos la sesión con lo siguiente.

M.—; Y en la luna hay habitantes?

E.—Eso lo sabrás el día del Juicio Final.

M.—Nada más puedes decirnos?

E.—Sí, dice E. G. que le manden decir la misa que ofrecieron hace días.

Ciertamente, dijeron todos, le debemos la misa. Como habíamos cumplido rezándole los rosarios no nos habíamos acordado de mandar decir la misa a la E. G.

Un día puse las manos en la mesa y en el acto se movió.

M.—; Quién se encuentra aquí?

E.-E. G.

M.—¿Cómo lo pasa E. G.?

E.—Tu hermano que está en el Perú ha muerto.

Como yo no creia todavía en el espiritismo, la noticia, aunque de trascendencia, no me causó mucha impresión.

M.—; Es verdad?

E.—Sí, hace ocho años.

M.—; Fué a caso una herida que le hizo un bandido?

E.—No, de esa herida sanó: ha muerto de una enfermedad que contrajo en las minas.

M.—; Ha muerto en una mina!

E.—No murió allí sino en el pueblecito de . . . Se

había casado y su mujer tiene el dinero que a él pertenecía.

M.—¿Deberé yo exijir algo de ese dinero?

E.—No, porque ella es pobre y son poco más de ocho mil pesos.

M.—; Podría yo hablar con mi mismo hermano, puesto que ha muerto?

E.—Sí. (desapareció).

La noticia de mi hermano y los muchos detalles que omito me hicieron creer que era verdad. Al mismo tiempo alguien recordó que mi hermano había hablado de una rica mina en una ocasión. Me decidí a llamar al espíritu de mi hermano.

M.—; Qué espíritu se encuentra con nosotros? E.—Tu hermano E. F. R. (con todas sus letras).

M.—Eres tú en realidad! ¿Entonces, es verdad que has muerto?

E.—Sí, en el lugar de... hace ocho años. M.—; Qué gusto tengo de que estés aquí!

E.—Mucha satisfacción es para mí poder hablar con mi familia.

M.—; Primera vez que te encuentras con nosotros?

E.—Siempre he estado con ustedes; donde tú vas ahí te acompaño y siempre te acompañaré.

Una hermana mía que estaba presente pero no en la mesa, dijo: y ; por qué sólo a tí te acompañará? Esta fué una consideración que hicimos aparte, sin preguntar a la mesa. Pero la mesa contestó inmediatamente, como persona que está atenta a una conversación.

E.—A todas las acompaño a veces; pero a... (mi nombre)... la acompaño a toda hora; porque C. es mi hermana muy querida en la tierra, por-

que ella tiene compasión de A. y S. que son muy dignas de su cuidado; ya que se ha impuesto este deber, cúmplalo y yo por esto tengo mucha alegría.

M.—; Eres feliz en el mundo donde vives?

E.—Sí, así, así.

M.—¿Te falta algo para ser feliz?

E.—Sí, algo.

M.—; O estás en el infierno?

E.-No.

M.—; Mucho te falta para llegar a la presencia de Dios?

E.—Sí.

M.—¿Estás en el purgatorio?

E.—Sufro.

M.—; Te gustará que tus hermanas ruegen por tí?

E.-Mil gracias, mis hermanas; sí, sí, sí.

M.—; Quieres misas?

E.—Catorce.

M.—¿La misa es devoción muy grande?

E.—X.

M.—Antes de despedirnos, para que nos mafiestes que eres tú, saluda a tus hermanas con una inclinación.

Así lo hizo; la mesa giró y llegó donde estaban sus hermanas y sobrinas y se inclinaba; pasando de largo por enfrente de las que no eran sus parientes.

M.—No te vayas, dime ¿quién llega y cómo se llama?

E.—"G... mi cuñado querido".

Al mismo tiempo se movió la mesa y se inclinó al lado de éste.

M.—; Te vas ya?

E.—"Washington, mi padre vive, debes ir tú allá, fortuna cuantiosa".

M.—; Entonces tú también sabes de mi padre? E.—"Debes llevar hábil abogado chileno, nonorario cuarenta mil pesos".

M.-Adiós, querido hermano.

E.—Adiós.

Todo lo que escribió este espíritu fueron siempre, muchos y buenos consejos y con frecuencia se

aparecía y yo le recibía con gran gusto.

Ya no era posible dudar del espiritismo. Con la venida del espíritu de mi hermano, casi me decidía a creer: pero siempre me asaltaban algunas dudas.





The second of th

IV

Los ocho o diez días primeros, se presentaron espíritus que casi no me dejaron lugar a dudas de que fueran almas de los que vivieron en este mundo.

Algunas veces también, llegaban espíritus jocosos, e interrumpían la conversación; pero generalmente eran espíritus muy buenos, devotos, prudentes, bien intencionados, se presentaban dando buenos consejos.

Si se hacía alguna vez una pregunta algo indiscreta, parecía que se sonrojaban, al menos así se me figuraba, y contestaban: "No lo sé" "No puedo contestar a eso" o en lo mejor de una conversación se callaban sin querer moverse ni la mesa, ni la mano, aunque se repitiera muchas veces la pregunta y aunque se estuviera escribiendo muy rápidamente, como he dicho, si la pregunta no era prudente, la mano paraba al punto. Pero si la pregunta cambiaba, la mano seguía escribiendo y la mesa contestando sus golpes. Yo creía, como dicen los espiritistas, "Los espíritus no delatan a nadie" corroboraba con lo que yo estaba viendo. A nadie hasta entonces, habían delatado los espíritus. Iba creyendo: los espiritistas tenían razón.

Un respetable caballero, abogado, incrédulo en

materia de espiritismo, quiso un día presenciar una sesión; con la convicción, por supuesto de divertirse un poco y viendo tan de cerca, para poderse convencer que todo era una farsa. Había leído algo sobre espiritismo y a nada había dado crédito.

Principiamos la sesión colocándose él como a un metro de distancia para cerciorarse si nosotros movíamos la mesa.

- —; A quién quiere usted que llame?, pregunté.
- —Al espíritu de mi padre, contestó sonriéndose.
- M.—Deseamos que venga el espíritu del señor

A los cinco minutos la mesa se movió.

M.—; Ha venido el espíritu del señor R?

E.-No.

M.—; Qué espíritu habla?

E.—R. (el mismo apellido).

M.—; Es el padre del señor R?

E .-- No.

La mesa se agitaba moviéndose para todos lados.

M.—; Quién está aquí en la mesa entonces?

E.—R.

M.—Deseo que venga a la mesa el señor R.

E.—No puede venir.

M.—Usted nos engaña, díganos ¿quién es?

E.--"R".

Estábamos confundidos por tanta negativa; querer decir que era padre del señor R. siendo el mismo apellido.

El señor R., me dice; pregunta dónde se encuentra. M.—.; Tenga la bondad de decirme en qué lugar se encuentra usted?

.E-Estoy condenado.

M.—; Dónde?

E.—En el infierno.

M.—¿Por qué está condenado?

E.—Fuí hombre malo, indiferente.

El señor R. al oír esto se sonrojó y un ¡Ah! se le escapó y dijo: Mi padre era bueno!

El caso era para mi apurado. La mesa primero hablaba por golpes; pero a fin de ligerear más, qui-

sieron que yo escribiera.

Ahora estar echando al infierno a una persona que había dado en su vida ejemplo de virtud, no podía ser: en ese momento hubiera querido encontrarme muy lejos de los espíritus! El señor R. podría creer que no había tales espíritus y yo le hacía una broma de tan pésimo gusto.

Mientras mi mano escribía, yo pensaba ¿qué

pregunta hago que sea acertada?

Revolviendo mi imaginación, encuentro la siguiente.

M.—; Es el padre del señor R. el que está condenado?

E.-Nó.

M.—Diga nombre y apellido paterno y materno.

E.—N. R. C. (con todas sus letras).

—; Ah! dijo el señor R., como quien sale de una pesadilla! efectivamente; ha existido ese hombre y era como él dice, malo e indiferente; como abogado tuve ocasión de conocerlo; lleva mi apellido porque era pariente mío.

M.-.; Por qué se nos presenta aquí?

E.—Quiero que R. sepa donde me encuentro, quiero darle satisfacciones.

M.—Para qué ¿no desea usted que él vaya al

mismo lugar?

E.—No quiero que los que están en el mundo vengan aquí.

M.—; Por qué?

E.—Me horroriza referir los sufrimientos de los condenados.

M.—; Nos podremos librar de las penas del infierno?

E.—Sí.

M.—Cómo, ¿rezando distintas oraciones?

E.—Observando los mandamientos de Dios.

M.—; Saldrá usted alguna vez del infierno?

E.—Jamás podré llegar a la presencia de Dios.
 M.—Si usted quiere darle una satisfacción, camine donde el señor R.

La mesa caminó derecho donde él, se ladeó y quedó moviéndose sobre el pecho del señor R.

Este muy conmovido, le habló en latín y, la

mesa contestó por mi mano, lo siguiente:

E.—Sí, es efectivo, se paga hasta el último maravedí.

M.—; Usted es uno de los condenados que más sufren?

Al oír tal pregunta, la mesa se nos arrancó de las manos, corrió como tres metros en dirección a la puerta de salida. Fuí a traerla al mismo lugar y continué:

M.—Entonces hay otros que sufren más?

E.—Sí, mucho más.

Habían trascurrido cerca de dos horas, y el señor R. debía irse; pero la mesa, se movía de su puesto como atajándolo. Se conocía que quería hablar.

M.-; Qué desea?

E.—El perdón.

M.—; Les sirve el perdón a los que están en el infierno?

E.—Satisfacción.

M.—; Le agrada que el señor R. lo perdone? E.—Sí. sí.

El señor R. que durante la sesión en varias veces no había podido contener las lágrimas, se acecó y puso una mano sobre la mesa y con voz temblorosa le dijo: Te perdono, ;adiós!

La mesa se agitó por un momento y nos reti-

ramos de ella.

El caballero se despidió diciendo, "¡esto es algo muy admirable! La iglesia, sin embargo, prohibe el espiritismo..." y meneando la cabeza se alejó.





V

Al espíritu familiar de mi hermano quiso agregarse uno más. Era este el de una respetabilísima amiga mía que había muerto años ha y por

la cual tuve siempre respeto y cariño.

Una tarde estaba sola, con la mano puesta sobre la mesa en actitud de escribir. Llamé a mi espíritu familiar, pues deseaba consultar un asunto de importancia para mí. Mi mano principió a moverse, mirando yo distraída a otra parte; hice una pregunta y al fijarme en el papel, veo escrito el nombre y apellido de mi antigua amiga C. B. Me sorprendí sobre manera, no era este nombre el que yo esperaba. Con gusto la saludé. El a contestó con su carácter entre serio y jocoso que tuvo en vida.

M.—¿Cómo ha venido usted amiga mía?

E.—Seré tu espíritu familiar, te diré lo que te conviene, te acompañaré donde vayas.

M.-; Está usted en el cielo?

E.—Todavía no, pero muy luego iré allá.

M.-.; Necesita algo de mí?

E.—Nada más que atiendas mis consejos.

M.—; Entonces usted irá conmigo, aun fuera de casa?

E.—Donde tú estés.

M.—Dígame, ¿es verdad el espiritismo?

E.—Sí, es verdad.

M.—; Debemos creer en él?

E.—Sí, sí.

M.—¿La misa es devoción muy grande?

E.—.... (no contestó).

M.—; La misa es de gran valor?

E.—Estúpida, chascona.

M.—; Qué significan estos insultos?

E.—La... (insultos groseros).

M.—; Es usted la señora que va a ser mi espiritu familiar?

E.—No.

Entonces me persuadí que había llegado un

espíritu burlon y dejé la mesa.

Muchas veces llamé a mis dos espíritus familiares: siempre se manifestaban prudentes como dos buenos amigos; pero en varias ocasiones fué interrumpida nuestra conversación por algún espíritu burlon que principiaba a saltar por el medio de la pieza o a bailar hasta estrellarse con los muebles ocasionando en los presentes una hilaridad general.

Varias veces también, queriendo saber cosas desconocidas para nosotras o de importancia general, al ir a contestar, se presentaba un espíritu grosero, diciendo cosas muy impropias, insultándome y diciéndome palabras desconocidas y confusas. Estaba claro, ese no era espíritu bueno.

Según los espiritistas, en el mundo invisible, se cruzan los espíritus a millares, no era raro entonces que ese hubiera aparecido; el remedio era retirarse de la mesa hasta un momento después.

Lo que me parecía muy raro, era que todos los espíritus que asistían a mis sesiones, o al principio o fin me habían de decir algo de mi padre, haciéndome saber que vivía. También me causaba risa

que, aunque habían sido en vida, unos pobres ignorantes campesinos, sabían escribir a la perfec-

ción la difícil palabra de Wáshington.

Algunas veces me enojaba y les preguntaba: que si querían burlarse de mí que sin conocerme sabían que mi padre vivía en Wáshington. Me decían: "es que te conviene".

Otra vez dije a un espíritu desconocido:

M.—; Por qué he de ir yo a Estados Unidos y no mi esposo?

E.—Oh, es muy natural, tu eres hija, pues. Arregla tus maletas, no sea que tu hermano que está allá... treinta y seis millones tiene tu padre.

Esto me pareció un absurdo. Un hombre con 36 millones, llevando mi apellido y que no hubiera llegado a mis noticias ni a las de mi familia, esto no era cierto.

Para cerciorarme de la verdad, y conocer que todos los espíritus se equivocaban en este punto, dije: nadie mejor que el mismo Wáshington me lo dirá.

M.—; Espíritu de Wáshington tendrá la bondad de venir a mi llamado?

M.-; Qué espíritu ha llegado?

E.—Washington.

M.—; Quién es Wáshington? ; qué puesto ocupó en el mundo?

E.—Primer Presidente de Estados Unidos.

Toda la reunión lo saludó con el debido respeto.

M.—Podrá usted señor, contestar a mis preguntas en castellano?

E.—Sí.

M.—Deseo saber si mi padre vive, donde se encuentra, qué nombre lleva allá, qué edad tiene, con quien fué casado en Chile, y cuántos hijos dejó. ¿Podría ir a ver todo esto?

E.—Sí.

M.—(diez minutos después). Ya está aquí. ¿Ha llegado señor?

E.—Su padre vive en Wáshington, se llama (mismo nombre y apellido) nunca se ha cambiado nombre, edad 84 años (el nombre de mi madre) dejó en Chile... hijos. Calle... número... rico.

Exactamente igual a la noticia dada por el espíritu chileno la primera vez que ví los fenómenos del espiritismo.

> SIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN CHILENA





VI

Trascurrían los días y yo no cesaba de recibir consejos de mis dos espíritus familiares. Se mezclaban ya hasta en nuestros negocios. Uno de ellos instaba a mi esposo para que fuera a tal fundo, y sacara un entierro de pepas de oro que dejó enterradas, en tal tiempo don N.; precisaban el lugar en donde se encontraba y agregaban que al dar el espíritu de don N. tal riqueza, lo hacía por pagar servicios prestados a él por nuestra familia.

Yo no sabía ya que pensar de lo que pasaba; me tenían tan preocupada los espíritus, que por

donde andaba, creía verlos.

Jamás he tenido miedo, pero cosa rara, ahora una sombra me asustaba; pero en el acto, también se presentaban a mi imaginación mis dos espíritus familiares y parecía que ellos me sonreían y me daban valor.

Yo trataba de convencerme de si lo que decían

los espíritus era verdad.

Volviendo a los espíritus familiares, casi no pasaba día que no me trajeran un asunto nuevo y me daban acerca de ello paternales consejos. En muchas ocasiones me quedé sola con las manos puestas en la mesa, en actitud de escribir, desarrollaban los mismos asuntos que habían traído de-

lante de todos; pero eso sí, probando la confianza que tenían conmigo, se espresaban con mucha claridad.

Por ejemplo haciéndome ver que no convenía

tal amigo; que no creyéramos en su amistad.

A veces defendía yo: Pero ¿cómo puede ser así? esta persona es de reconocida bondad. "Te engañas, es un hipócrita".

"No fien en su amistad, destiérrenlo de la ca-

sa, como a un condenado a muerte".

Llamé al espíritu familiar de mi hermano, y

llegó.

Deseábamos varias personas hacer preguntas que nos interesaban vivamente. Al efecto, después de saludar a mi hermano hice una pregunta y esperábamos con ansia la contestación: héla aquí:

E.—Quiero hablar con don N. (caballero que estaba distante de la mesa y ni se fijaba en lo que

hacíamos) que se acerque aquí a la mesa.

M.—Pero será después que nos contestes a nosotros!

E.—A nada contestaré, si N. no se acerca aquí. Le avisamos lo que pedía el espíritu; y él muy sorprendido se allegó a la mesa.

M.—; Qué deseas del señor N? ya está aquí.

Yo no quise escribir; pero la mesa con rápidos y apresurados golpes principia a comunicar al eñor N. una historia de familia: al mismo tiempo a darle consejos sobre qué partido debía tomar. Todos y principalmente el señor N. me indicaron que tomara la p'uma porque así iríamos más ligero, El espíritu hablaba con tanto interés, que no dejaba tiempo para que yo repitiera la pregunta, sino que si hacía una objeción, o manifestaba una duda, 3.—

en el acto mi mano contestaba o esclarecía las dudas. Fué un diálogo interesantísimo, en el que el primero o más bien dicho el espíritu, hacía las veces de consejero o juez y el señor N. de reo.

El señor N. confundido y sonrojado, se olvidó, por completo que hablaba con un ser invisible y así se defendía con todas sus fuerzas. No me es posible

referir esta sesión.

Las personas que presenciaron esta escena, también estaban confundidas.

Otro día evoqué al espíritu de un hombre que fué en vida una notabilidad. Entre otras cosas que no me contestó muy satisfactoriamente, contestó así:

M.—Don N. ¿tiene enemigos?

E.—Muchos.

M.—; Por qué tiene tantos?

E.—Por envidia.

M.—; Usted fué enemigo?

E.—Sí, ahora no lo soy.

M.—; Por qué está muerto?

E.—Porque ahora lo conozco.

M.—Y ; tiene amigos?

E.—Sí, uno.

M.-; Quién?

E.—Dios.

M.—; Qué enfermedad tiene la señora?, (presente).

E.—Cáncer al estómago. M.—; Qué imprudencia! E.—Nó, es pura broma.

En el penúltimo caso, en la historia de familia, no estábamos impuestos de tal asunto y nos pusimos al corriente en la sesión. Hay que fijarse el empeño que puso el espíritu para dar a conocer una

historia desconocida para todos los que rodeaban la mesa, y también usó de un modo imperativo y nos impuso con energía que no "contestaría a nada, si no venía la persona que él señalaba".

Cuando en las sesiones había acompañantes, yo no miraba lo que escribía; conversaba o trataba de entretenerme para probarles que mi mano era impulsada a moverse por otra fuerza que la mia. Así muchas veces tuve que cortar una sostenida conversación al oír las risas de mis acompañantes que iban siguiendo con la vista lo que yo escribía y había veces que salían cosas un poco saladas pera alguien de la reunión.

Cuando yo estaba sola, sí, miraba lo que escribía por hacerlo más derecho; pero fijaba mi imaginación en alguna idea, pues, nunca escribía sobre lo que yo deseaba sino que salía un asunto nuevo y completamente desconocido.

Una de esas veces mi espíritu consejero que siempre era tan bueno, principia a recordarme a una joven, y mi mano escribe una especie de biografía de ella.

Era juzgada tan cruelmente la infeliz que yo quería sujetar la mano; pero escribía, escribía con suma rapidez, como deben hacerlo quizás, las malas lenguas.

—Por fortuna estoy sola, dije, y al levantarme

de mi asiento rompí el papel con horror.

Llamé al espíritu de un sacerdote de reconocida virtud y saber. Me acordé, que nadie como él podría ilustrarme en varias dudas.

M.—Primeramente, dígame señor: ¿la misa es lo más grande que hay?

E.—X.

M.—Por segunda vez me han dicho X. ¿qué quiere decir?

E.—....

M.—; Quiere decir devoción por excelencia? E.—Sí.

M.-; Por qué por excelencia?

E.-J. S. C.

M.—; Por qué escribe iniciales? Usted señor, fué en el mundo persona tan il ustrada, ; no encue tra una contestación fácil que darme?

E.—Bruta, ojos carruca, lesa, pacheca... La mesa principió a saltar por todas partes. M.—¿Es este el espíritu del sacerdote N? E.—Nó.

Dije entonces: Otra vez un espíritu burlón!





VII

Raro fué el día que alguien no viniera a mi sa a presenciar una sesión de espiritismo, y muy raro también que esas mismas personas no volvie-

ran gustosísimas a presenciar otra y otras.

Un día dijo un caballero que deseaba viniera el espíritu de su esposa: vino ésta y dió a su marido muchos consejos prudentes y morales; pero a renglón seguido principió a estampar en el papel barbaridades en disfavor del mismo caballero, calumniándole groseramente.

—Oh, dijimos todos, principalmente un antiguo espíritu que se encontraba allí ; es espíritu jo-

coso, dejémosle!

Yo decía de cuando en cuando; parece que es verdad esto del espiritismo; porque noto que el carácter de las personas que he llamado, es idéntico al que tuvieron en vida.

—Si el espiritismo es cosa del demonio, se me ocurrió decir un día, buen chasco se ha llevado con nosotros, pues nunca hemos estado más devotos y más buenos que ahora.

Nos pedían rezos algunos de ellos y nosotros

tratábamos de complacerlos.

Se nos apareció, sin haberlo llamado, el espíritu de un caballero, al que conocí al momento en el

modo irónico con que se presentó. Saludó como tenía costumbre de hacerlo en vida.

M.—¿Conoce a las personas que están pre-

sentes?

E.—(Las nombró a todas menos a una, efectivamente no la había conocido en vida).

M.-; Quién es aquel caballero?

E.—Mi hijo.

M.—Vaya a saludarlo.

Resueltamente se movió a un metro de distancia y retrocedió. Esto lo hizo dos veces y no llegó donde él.

M.—; Es que no ha querido saludarlo?

E.—No.

M.—; Por qué?

E.—; Hijo ingrato!

El caballero mudó de semblante y dijo: efectivamente me he potrado mal con usted, papá, le prometo que seré otro. La mesa se tambaleó a 11 lado y otro.

M.—; Cree en lo que le dice su hijo?

E.—Lo dudo.

M.—Se lo promete su hijo. ¿En qué lugar se encuentra?

E.—En el purgatorio, necesito cinco misas.

M.-Mañana mismo se las mandará decir.

E.—Gracias, mi hijo querido.

M.—Yo por mi parte le recordaré a su hijo lo que acaba de prometerle.

E.—Gracias.

Al caer la tarde del día siguiente, me empujan un brazo tocándome fuertemente con un dedo. No había nadie a mi alrededor. Al otro día se presenta el mismo caballero, es decir, su espíritu, sin haberlo llamado y dice: E.—Usted no le recordó a mi hijo lo de las

misas, por eso yo le toqué el brazo derecho.

Era cierto que el hijo no había podido mandar decir las misas, debido a sus ocupaciones; pero lo hizo en seguida.

Un día se me había reunido bastante número de personas en la sesión. Dijo una señorita: llamemos

a P.

M.—; Puede venir el espíritu del señor P?

E.—Nó.

M.—Sin embargo, ; hay un espíritu alrededor?

E.—Sí.

M.—Tenga la bondad de decir quién es.

E.—King.

M.—Usted señor King, ha venido días antes y no hemos hablado con usted por que nos ha parecido ser chino y no entenderá lo que vamos a decirle, sírvase retirarse.

M.—; Qué espíritu ha llegado?

E.-King.

M.—Señor chino, váyase usted.

M.-; Qué otro espíritu?

E.—King.

Viendo que no se iba, hubimos de retirarnos de la mesa porque deseábamos hablar con P. Dejamos pasar diez minutos y volvimos a formar la cadena.

M.—¿Puede venir el espíritu de P?

E.—No puede.

M.—Llámelo usted!

E.—Nó.

M.—; Quién es usted?

E.—La querida Verosi.

M.—No la conocemos, ¿qué fué usted?

E.—Escritora Italiana.

M.—; Qué nos puede contar usted?

Principió la mesa a saltar y no la podíamos sujetar, causando a todos mucha risa.

M.—Es usted feliz?

E.—Sí.

M.—; Dónde se encuentra?

E.—Estoy condenada.

Confieso que me dió horror, me parecía ver a una mujer llena de soberbia, riendo y bailando en medio de su desesperante situación. Iba a retirar mis manos de la mesa y dijo precipitadamente:

E.—Quiero hablar.

M.—Habla.

Habló, pero como deben hacerlo las condenadas. Sólo insultos y obscenidades que a todos nos

causaron vergüenza, y arrancamos de ahí.

Uno de mis espíritus familiares me dijo un día que hablábamos del fallecimiento de un caballero; que su muerte había sido tal año, mes, día, hora y de tal enfermedad.

Yo nada de esto sabía. Se sacó la fe de muerto

y salió exacto.

Otro día me dijo mi espíritu. Conseguirás tal deligencia, cuando no hables de mí.

M.—; He hablado yo de usted?

E.—Sí, hoy cuando saliste, en tal casa a las cuatro de la tarde.

M.- ¿Usted sale conmigo?

E.—A todas partes.

Era exacto que a esa hora me había ocupado de ella.

Supe que en una reunión de espiritistas habían preguntado: ¿sirve mandar decir misa a los muertos? No sirve de nada; pero no se lo digan a las señoras N. porque son muy beatas. Esto, como se ve,

era opuesto a lo que me decían a mí, puesto que en

varias ocasiones me las habían pedido.

El espíritu familiar de la señora C. B. que no sólo me acompañaba en casa, sino también en la calle o a donde yo iba, me dice:

E.—No lo mires tanto.

M.—; A quién? (dije sorprendida).

E.—A tu marido.

Esto me causó risa.

M.—¿ Qué lo miro mucho?

E.—Quiero decir, en cuanto a sus negocios, sus trabajadores, no le prives que gaste.

M.-Y si gasta demasiado ; no podré advertir-

le?

E.—Nó, es preciso que haya más independencia.

M.—Bueno, lo haré así.

Esta vez sólo se apareció a decirme lo anterior. Me fijé entonces en los negocios de mi marido y noté que sería bueno hacerle una advertencia sobre gastos excesivos; pero quise obedecer a mi espíritu familiar y, no dije nada contrariando mis sentimientos.

No me sería posible enumerar la cantidad de sesiones que hice para darme cuenta cabal de lo que es el espiritismo. No me es posible copiar, como he dicho antes, las más interesantes cuestiones que se propusieron para desarrollarlas por medio de los espíritus.

Llamé un día a un poeta:

M.—; Pueden los espíritus hacer versos?

E.—Sí.

M.—; Es verdad que usted ha compuesto "ta-les" versos que andan por ahí?...

E.—Sí.

M.—; Quiere tener la bondad de repetirlos? E.—No.

M.—Pero diga algún otro.

E.—Mi primera y última agudeza—Fué obra de mi cariño...

Como me pareció ridícula la primera estrofa le dije:

M.—No continúe usted, se conoce que cuando el hombre toma la forma espirítica, deja de ser poeta. Sus versos no son iguales a los que hacía en este mundo.

E.—Tonta, estúpida.

Llamé al espíritu de un niño de ocho años que había muerto hacía poco; pero al moverse la mesa se me presentó otro espíritu desconocido.

M.—; Puede venir el espíritu de C?

E.—No puede.

M.—Por favor, llámelo usted.

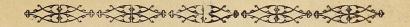
E.—No puede venir, "está en el cielo".

En ese mismo momento, como a la altura de un metro hácia donde miraba, pasó "lentamente una nubecilla como de sesenta centímetros de diámetro". Yo la seguí con la vista hasta que desapareció. Mi compañera de la mesa me oyó una exclamación; pero no supo lo que me pasaba por el momento. No se lo dije al instante porque creí que pudiera pensar que mi cabeza se estraviaba.

Un poco más y daré por terminado mi afán de convencerme o no, si es verdad que el espiritismo consiste en que vengan al l'amado de nosotros

las almas de los que mueren.





SECCIÓN CHILENA

VIII

Una amiga mía, deseaba consultar un asunto de importancia con mi espíritu familiar. Quiso consultar por medio de la escritura para saber su asunto con más brevedad.

M.—¿En qué piensa mi amiga?

E.—En escribir una carta a N. (era exacto).

M.—; Marchará bien su diligencia?

E.—Alejandro ha muerto ayer a las cuatro de la tarde en Linares, en casa de N. Fué a un negocio de caballos.

En el momento que mi mano escribía, yo conversaba con mi amiga sobre la misma diligencia, y aún discutíamos sobre lo que sería más acertado hacer. Miro lo que he escrito y doy un grito de asombro. Alejandro era hermano de mi amiga a quien hacía dos días habíamos visto bueno y sano. Asustada pregunto:

M.—; Es verdad que Alejandro ha muerto?; no es esto una burla?

E.—Es verdad: ha muerto de una enfermedad al estómago.

Ya no nos quedó duda de que fuera cierto, pues el joven ocho días antes había tenido unos dolores de estómago. La familia se puso en movimiento. Se fueron al fundo de los alrededores de Santiago donde el joven vivía. Los sirvientes dijeron que había salido para el sur hacía dos día, pero ignoraban donde estuviera.

Hétenos aquí con el susto y sentimiento encima sin saber que partido tomar. Dije, hagamos otra prueba para ver si es verdad que ha muerto. Llamémosle a él mismo.

Dije a mi espíritu familiar.

M.—Si es verdad que A. ha muerto, ; no vendría él a mi llamado?

E.—Sí, lo llamaré.

M.—; Quién ha llegado?

E.—Alejandro N.

M.—Por Dios ; ha muerto usted?

E.—Sí, ayer a las cuatro, en Linares.

M.—; De qué enfermedad?

E.—Estómago. La ambición me ha perdido mísero de mí! Mi madre no sabe nada de mi muerte, avísela por amor de Dios.

M.-.: Y cómo podré llegar allá sin tener un

comprobante de su muerte?

E.—Ponga parte a Linares donde N. o escriba.

La consternación de la familia iba en aumento sin hallar que hacer. Se principió por poner partes y esperar la respuesta. Como a las cuatro horas, un parte fué devuelto diciendo: El caballero no vive en el lugar.

Volví a llamar al espíritu y luego se presentó.

Y en todo noté cierta rara confusión en este espíritu; pero lo atribuí a que habiendo acabado de morir, como ese trance debe ser muy apurado, se encontraría todavía con el atolondramiento natural. Le dije:

M.—No se ha encontrado el caballero por cuya causa usted murió.

E.—No ha recibido el parte, porque no lo han llevado al lugar pequeño de ese nombre donde él vive.

M.—; Qué hacemos, entonces?

E.—Escriba y ponga parte al cura del lugar. Avisele pues, a mi pobre madre, vaya usted misma se lo ruego.

M.—Pero sin que me contesten, ¿cómo puedo ir yo a llevar tan funesta noticia a una madre?

Me volví a mi marido y le dije: Anda tú! Se agtió la mesa con un brusco movimiento y como si hubiera dirigido a ella dijo:

E.-Nó, nó, vaya usted...

(Y entró en disertaciones en favor mío).

M.—Si no fuera cierto que usted ha muerto, ¿qué haría?

E.—"No creer en el espiritismo".

La impresión que me causó tan repentina noticia me enfermó. Pensaba cuando recibiera la contestación del señor cura o de otras personas, cómo daría la noticia a la madre.

Por otra parte, yo no podía declinar mi encargo a otra persona, porque el mismo espíritu me lo había pedido así.

La seguridad de mi espíritu familiar y del espíritu de Alejandro al dar tal noticia, nos hizo de lleno creer en el espiritismo. Agréguese a esto que un caballero nos dice: En realidad hay un pequeño pueblecito que tiene el mismo nombre. Tomamos la Geografía de Espinoza y vemos que en realidad había un lugarcito pequeño de ese nombre cerca de la capital de la provincia (el nombre que doy aquí no es el verdadero).

Comisioné a una persona para que fuera a visitar a la madre de Alejandro: no la encontró, porque la señora había ido a la casa de su hijo: porque esa misma noche soñó que a su hijo lo veía muerto, ¡qué rara coincidencia!

Llamé a mi espíritu familiar y le dije:

M.—; Siempre está segura de lo que me ha dicho de Alejandro?

E.—Sí, murió.

M.—¿Lo enterraron?

E.—Esperan a la familia.

M.—¿Cómo es el nombre del cura?

E.—N. (era cierto).

M.—No se canse de mis preguntas, ¿y si resultara que todo esto es una farsa?

E.—Diga usted entonces: espíritus de ... (una palabra).

Transcurrieron cuatro días y todo hacía creer que era verdad; la angustia de la familia continuaba, y no podíamos obtener contestación, ni el joven se encontraba en ninguna parte.

Todas las personas que supieron tal noticia, no podían menos de exclamar: ¡Qué cosa tan grande es el espiritismo!

Yo, decía otro: ¡voy a propagarlo por todas partes!

Les dije; por favor, nadie propague nada; tengo casi formada mi opinión acerca de esto, espérenme un poco más y se la diré: He visto mucho ya y muy poco me falta para saber en qué he de quedar.

Me contestaron en coro: Ya lo sabemos, es es-

piritista declarada, pues. .

Nada quise contestar.

Una tarde, después de comer, se paseaba mi familia por los corredores y patio primero de la casa.

Al sentir tocar el timbre se agolparon los niños a la mampara y miraron por los cristales para ver quien era.

De repente se siente un bullicio indescriptible; ello no eran risas ni cosas que se pareciera: eran carreras y gritos de espanto. ¿Qué sucede, pues?—Alejandro, Alejandro, el ánima de Alejandro está allí cierto que está allí detrás de la manpara! Los ojos de algunos de ellos parecía que iban a saltar de las órbitas; otros pálidos como muertos y escondiéndose donde podían.

Fuí yo misma a la puerta. Efectivamente, estaba allí Alejandro, sano, robusto y vivo como siempre. Al verlo retrocedí un paso; pero me repuse in-

mediatamente y manifesté gusto de verlo.

El, que divisó las carreras de los niños, se imaginó que algo muy grave sucedía en el interior de nuestra casa; pero al verme sonriente cambió de ideas y dijo: ¡El gusto que manifiestan los niños al verme...!

Yo dejé a Alejandro entretenido con la familia y me dirigí a un estante donde tenía un alto de papeles que eran otras tantas sesiones de espiritis-

mo. Llamé a algunos de la familia y les dije:

—Van ustedes a saber todo lo espiritista que soy: He pasado 33 días ocupada del espiritismo. Me lancé dispuesta a creer lo que fuera razonable o hubiera de verdad en él. Confieso que la balanza de mi inteligencia se inclinaba al espiritismo. Flammario, Allan Karde, la sociedad de espiritistas que se está formando en Santiago, me hacían creer que algo había que debía creerse. En conclusión les diré y con toda convicción: Es falso que vienen a nuestro llamado las almas de los que mueren.

Jamás han venido alrededor de la mesa.

-¿Cómo? me dijeron.

—Sí, creo que existe el espiritismo en esta for-

Creo que la inteligencia superior que hace hablar y escribir a una mesa, es solamente un solo espíritu y que éste se trasforma, o mejor dicho, toma el nombre de muchos.

Me dijeron:

-¿Pero quién puede ser?

-"El espíritu del mal" o el demonio.

Con admiración de todos, rompí en el acto los papeles espiríticos y me fuí en seguida a la mesa acompañada de las personas que pude reunir.

M.-Venga el espíritu de Washington (se pre-

sentó).

M.—; Es verdad que vive Alejandro?

E.-Murió.

M.-; Cuándo?

E.—Hace días.

M.—; No lo estás oyendo hablar en la pieza siguiente?

E.—La... (un insulto grosero).

M.-; Es decir que tú has mentido?

E.—(Otro insulto más grosero); pero como puede decirlo un yanqui que no sabe hablar español sino muy a medias).

Yo lo reté diciéndole farsante y varias cosas más. El me descargó un diluvio de groserías y agregando frases burlonas escritas en inglés; las examinaron y vieron que estaban bien escritas. Yo no sé escribir ni leer inglés. ¡Qué portento de maldad! Los insultos siguieron hasta que hubimos de retirarnos.

Tomé la resolución de concluir para siempre

con el espiritismo, fundándome en las razones que expondré más adelante.

Para concluir este capítulo narraré el momento final de Treinta y Tres días de Espiritismo.

-No desmayemos, dije a la familia, conclu-

yamos la obra que comenzamos con tanto afán.

—Vamos todos, dije a electrizar la mesa; pero no conseguí que se acercaran más que dos a formar la cadena.

Estábamos tres, y era suficiente, porque en muchos casos yo sola bastaba. Llamé a mis espíritus familiares que eran siempre muy atentos y venían en el acto. Alhora no llegaban. Repetí mis llamamientos; nada. Principié a llamar a otros espíritus que siempre habían acudido a mi llamado; no venían tampoco.

Me puse con un lápiz en la mano en actitud de escribir; pero mi mano no se movía. Había trascurrido más de una hora y cansada de esperar y como no conseguía que la mesa ni mi mano se movieran, dije: ¡Venga un espíritu cualquiera!

La mesa hizo entonces un movimiento tan len-

to, que casi fué imperceptible.

M.—; Quién eres?

E.—Soy N.

—Ah! dijeron todos, por eso no lo veíamos tanto tiempo! Se ha muerto!...

M.—; Qué se le ofrece a usted?

E.—Como hermano en Jesucristo, vengo a entregarme en los brazos de ustedes (todo esto dicho con mucha timidez, la mesa y mi mano apenas se movían).

M.—No necesito que ningún condenado venga a entregarse en los brazos de nosotros.

E.—Yo suplico y lloro.

M.—No me importa que supliques o llores.

Oir esto y lanzarme los insultos más groseros las obscenidades más espantosas, todo fué uno, sólo el demonio puede hacerlo. Yo por mi parte lo insulté también; pero al instante era contestada con otro insulto peor. La mano tan floja al principiar la sesión estaba ya más ligera.

M.—Insultos no son razones: ¿quieres que hablemos con más calma?

E.—Sí.

M.—Díme, ¿por qué no venía ningún espíria a mi llamado?

E.—Teníamos vergüenza.

M.—; A quién?

E.—A tí.

M.—; A quién más?

E.—(Fué nombrando a cada una de las personas que habíamos reunidas en la pieza, hasta a un perrito que ahí había. Sin duda para hacernos reír, como así sucedió).

M.—Dime la verdad, ¿quién eres?

E.—... (no contestó).

M.—Has entendido mi pregunta, ¿quién eres?

E.—... (nada).

M.-.; No quieres que sepa yo quién eres tú?

E.—Nó.

M.—; Por qué?

E.—... (no contestó).

M.—; Deseas tú que yo ignore quién seas?

E.—Sí.

Hice la misma pregunta en distintas formas,

pero no lo conseguí. Dije entonces:

—"En el nombre de Dios yo te pido y te mando que digas quién eres. Trascurrió un minuto y la mano escribió:

SATANAS

Esto nos causó estupor a todos e instintivamente retiré mi mano de la mesa. Pero tuve ánimo y continué haciendo otras preguntas. Les rogué a mis compañeros que tuvieran sus manos quietas.

Principié de este modo:

M.—; Por qué confiesas que eres Satanás?

E.-Me mandaron.

M.—; Quién?

E.—... (no contestó).

Trascurrió un momento en que no sabía si seguir o no. Me resolví a seguir.

M.—Entonces, ¿quién era Washington?

E.—Yo.

M.—; Mis dos espíritus familiares?

E.—Yo, yo.

E.—; El sacerdote tal?

E.—Yo.

M.-¿El héroe aquel?

E.—Yo.

M.—; Y la multitud de espíritus que han venido?

E.—Yo, yo, yo.

M.—; Y King?

E.—El rey del infierno.

M.—; Dices la verdad alguna vez?

E.—Sí, cuando me conviene.

M.—; Es verdad que mi padre vive y es rico?

E.—; Ja, ja, ja ja, ja!!

M.—; Por qué me lo dijiste?

E.—Por lo mismo que te digo la palabra mala.

M.—Bien se conoce que a tí te echaron del cielo por estúpido!

E.—... (no contestó).

M.—Y eres un tonto.

E.—; Por qué?

M.-Porque me desengañaste muy pronto.

E.—... (no contestó).

M.—; Qué dices a esto?

E.—... (no contestó).

M.—Y tan viejo que eres?

E.—; Viejo yo?

M.—; Por qué querías que mortificara a esa señora diciéndole que había muerto su hijo?

E.—Ja, ja, ja, ja!

M.—Has tenido paciencia para contestarme!

E.—Para probarte la simpatía que tú me inspiras.

M.—Tú no eres simpático para mí.

E.—.... (no contestó).

M.—Díme, Satanás: Si te volvieras a Dios ¿te perdonaría?

E.—Sí.

M.—; Cómo!

E.—Porque Dios es justo y castiga según las obras.

M.—Vuélvete a El.

E.—Nó.

M.-; Por qué?

E.—Es muy laudable la vida estirada.

M.—; Por qué hablaste tan mal del señor N?

E.—Lo aborrezco.

M.-; Por qué?

E.—Es apegado a la religión, le gusta oir sandeces.

M.—; Nos tentarás a nosotros?

E.—Con cien cosas los tentaré.

M.—; Con qué me tentarás a mí?

E.—(Principió a decir que nos tentaría a cada uno de nosotros).

M.—Pues, bien, Satanás; escúchame con atención, y si después de lo que voy a decirte, tienes al go que agregar, házlo.

Puse mi mano en actitud de escribir.

"Señalaré la posición de mi mano con un punto, así":

—Satanás, óyeme pues: "En el nombre de Dios Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo y de lo que hay de grande en la Corte Celestial, te mando, Satanás; que te retires de esta casa y nunca el espíritu del mal vuelva a ella.

-; Tiene algo que agregar a esto?

Mientras que con toda la fe de mi alma y en alta voz decía estas palabras, sucedía con mi mano un fenómeno extraño. El lápiz que tenía en mi mano quedó parado en el punto que he indicado y mi mano se retorció para ambos lados por dos veces. Era tanta la fuerza que hacía mi mano, que se hincharon las venas de ella, y me causaba dolor hasta todo el antebrazo. Permanecí así un rato más. El lápiz no se movió nunca más, ni para trazar la línea más insignificante. La mesa no se movió y mi mano cesó de escribir para siempre.

Este fué el fin de las sesiones espiritistas.

Llamé en 33 días a personajes grandes en las ciencias y artes, sacerdotes eminentes; políticos distinguidos, educacionistas, poetas, guerreros, ancianos venerables, damas virtuosísimas, doctores afamados, humildes campesinos, personas de mi fami-

lia y en fin un sin número de seres invisibles, que

me es imposible enumerar.

Al fin de este tiempo tengo la convicción y puedo decir que en 33 días sólo me comuniqué y tuve por compañero a Lucifer o Satanás, Rey de los Infiernos.

SECCIÓN CHILENA





IV

¿Es bueno el espiritismo?

Los espiritistas nos dicen: "El mundo invisible se divide en espíritus benévolos, jocosos, malos o burlones; estos mismos también se subdividen con nombres adecuados según el rol que se proponen desempeñar con los descarnados. Los espíritus benévolos nos sirven de familiares, nos acompañan, nos dan buenos consejos y no delatan a nadie."

En mis sesiones de espiritismo que anteriormente he relatado he visto que los espíritistas no tienen razón. Es verdad, las primeras visitas que nos hacen estos seres son como de buenos amigos, corteses, reservados, religiosos si conviene, sin acusar a nadie: en fin, son unos invisibles a quienes principia uno por quererlos. Pero esto sólo es al principio, mientras así les conviene.

Dios no ha dado al demonio el don de la sabiduría sino el de la astucia y la maldad, por eso se ofusca y no desempeña bien ningún papel. Así, al principio se nos presenta de cien modos diversos. Cuando reservado es hasta la exageración, pronunciando palabras tan incoherentes, que no se les conoce su sentido. Si devoto predicando la caridad, lo hace con diabólica intención. Si da buenos consejos con fin particular, por cogernos en sus redes, y por último como amigo familiar, en la intimidad de la confianza, nos cuenta, nos hace ver los defectos de nuestros amigos y de las personas que amamos, delata las intenciones de los demás, nos descubre secretos de familia, calumnia, miente, y nos deja sumidos en la perplejidad más absoluta, desconfiando hasta de los seres que nos rodean y que nos son más queridos.

Un caso reciente: Debía efectuarse un matrimonio; un espíritu familiar le dice a él: La joven que tú amas no es lo que parece, pero puede ser que seas dichoso! A ella: El ama con delirio a N. a tí muy poco...

Otro: una virtuosa niña que conocemos que hace la delicia de dos seres que la han adoptado por hija; el día menos pensado un espíritu le dice a él: Esa a quién quieres como a hija, le infunde a tu esposa que te desprecie, arrójala de la casa...

No entraré a comentar ambos hechos, se supone fácilmente el efecto que causaría en ambos ca-

sos tal revelación.

Esposas inocentes separadas de sus maridos; negocios deshechos, empresas llevadas a cabo sin asunto, nada más que por hacer gastar a sus dueños, amistades turbadas por calumniosas revelaciones: esto y mucho más sucede con el espiritismo.

Cuando con sin igual hipocresía un espíritu está dándonos un consejo y preguntamos algo útil de moral o cosa parecida, cambia en el acto la decoración. La conversación es interrumpida por insultos groseros, palabras repugnantes, obscenidades terribles que la virtud y la inocencia jamás deben oír.

Veamos lo que dicen los doctrinarios espiritistas al oir la retahila de palabras inconvenientes. Con semblante tranquilo y muy satisfecho dicen: ¡ha llegado un espíritu jocoso, dejemos que se vaya!

Es como si dijera: ¡lo dice quien todo lo puede!

Supongamos que realmente otro espíritu viniera a interrumpir al primero. ¿No resulta ser inmoral el espíritu, puesto que un santiamén quedan escandalizados los que oyeron las barbaridades que soltó el muy bellaco del espíritu burlón?

Convengamos en que esos seres tan santos que se presentan, carecen de energía por completo. No quieren imponer silencio a tan locuaces espíritus. No cabe duda, en el mundo invisible, tienen preponderancia los malos, los buenos quedan calados, es decir, allí prevalece el error contra la verdad.

No es posible que se reciban con la sonrisa en los labios las murmuraciones del prójimo. Denunciados en alta voz los secretos de familia y por solo el hecho de ser los espíritus quienes lo dicen, ¿se toleran semejantes especies?

¿Un padre de familia toleraría que en el hogar de su esposa que vertiesen expresiones descorteses e inconvenientes?

¿No señalaría la puerta al majadero que tal

se permitiera?

El caso con los espíritus es completamente igual; pero estos tienen más suerte, por que se les deja en libertad para hacer o decir lo que quieren; mientras aquél fué castigado arrojándolo a la calle.

No merecen los espíritus familiares, o sea el espíritu infernal que la gente seria de este mundo preste atento oído a las "nimias" verdades que suelen decir, para encandenar en seguida las calumnias, delaciones y los planes infernalmente combinados.

Los consejos que dan, son tan ligados y confusos que si los oyera un niño, diría: "son cuentos de las mil y una noches" y se concluye por no saber si los avisos son ciertos o mentiras.

Yo afirmo que los avisos no salen ciertos. Cuando llamaba cientos de cientos de espíritus, sin que les preguntara decían que vivía mi padre. Se recordará que escribí tres cartas a Estados Unidos preguntando si era verdad... Recibí contestación a mis cartas diciéndome que habían cumplido mis encargos con exatitud y agregaban: La persona que ha dado a usted tal noticia está muy equivocada. Cuando recibí estas cartas yo bien sabía su contenido, sabía muy bien que había sido un juguete del mismo diablo, como que él mismo lo dijo.

Admira que los hombres de ciencia, personas de buen sentido se dejen sugestionar por las rarezas del espiritismo. Desgraciadamente hay afiliados a esta que llaman doctrina, desde el hombre más encumbrado por su ilustración y fortuna, hasta el labriego ignorante que cree de buena fe que a su llamado vienen los seres queridos, el hijo, la esposa, la madre; que conversan y que le hacen compañía.

Yo pregunto, ¿cómo pueden creer por largo tiempo? ¿cómo pueden aquellos escribir grandes volúmenes sobre espiritismo?

¿Acaso a esos escritores pueden satisfacerles las contestaciones antojadizas, las evasivas, las palabras dudosas, las fórmulas vagas, las largas y confusas disertaciones con que embroman los espíritus?

Las conversaciones mejor coordinadas y expra-

sadas con más claridad que tuve con los espíritus, fueron aquellas en que hacían mover mi mano para calumniar y despretigiar a gentes verdaderamente virtuosas.

Ahora, ni nos fijamos en lo que hacen los espíritus en las sesiones llevadas a más alto grado, porque el "Medium" está más ejercitado en el arte espirítico, o se ven las más detestables extravagancias.

Apuntaré las más sencillas ocurrencias tomadas de fuentes fidedignas y de escritos firmados por no-

tables personajes.

Cuando en esas grandes sesiones se presenta un espíritu pidiendo la oscuridad, generalmente y, amenazando retirarse si no se le concede, los concurrentes en la sala se apresuran a complacerlos y apagan todas las luces y queda la reunión compuesta las más veces de señoras, señoritas y caballeros, completamente a oscuras.

Luego, las llamitas por los techos, los globitos de fuego en el espacio los golpes por todas partes, es la señal evidente que el fenómeno principia.

Todo es tan singular y misterioso que nadie retrocede por el contrario; ávidos de emociones esperan nuevas maravillas que muy luego se han de

presentar.

Se sienten tocar instrumentos músicos, los muebles cambian de lugar, brazos vigorosos que oprimen a cada uno de los presentes, manos velludas o suaves que acarician el rostro; manos que a las señoras les deshacen el moño, que a los hombres les quitan las corbatas; que les dan fuertes palmadas en el rostro y otras mil cosas "peores" y asombrosas.

En otra sesión a oscuras: el "medium" fué tan

terriblemente oprimido en el cuerpo, que a los gritos desesperados de éste encendieron las luces del salón y pudieron prestar auxilio al pobre joven que cayó al suelo sin sentido; al volver en sí dijo: que la habían oprimido como con unas tenazas de hierro hasta despedazarlo y protestó diciendo que había servido de "medium" sin tener voluntad para ello; pero que jamás volvería a pensar en el espiritismo.

En algunas ocasiones, después de la oscuridad los rostros de las señoras han aparecido en plena luz, embadurnados con materias viscosas y repugnantes o con manchas de betún sobre la frente.

Aquí se demuestra claramente ; cómo sugestio-

na el espiritismo!

Se conforman, no hablaré de los hombres que por naturaleza pueden soportar fuertes emociones pero las señoras, las jovencitas, que son llevadas a presenciar esas reuniones, soportan con calma tan extrañas apariciones. ¡Oh poder de los demopios!

Cuando un "medium" ha alcanzado el alcagrado de la materialización, se hace la sorprendente prueba de la aparición de los cuerpos: se vedelante de todos, cómo aparece una sombra primero; después la forma de un cuerpo; en seguida la forma, la fisonomía del rostro hasta tomar esparecido de la persona que se ha pedido que reaparezca; luego viene la animación, la vida. Se le vé que mira, que ríe, que habla, da la mano si se la piden y aún permite que se saque su fotografía Se siente que su corazón palpita, que acaricia a sa madre, si es que sea una hija.

Estas cosas y muchas más, es verdaderamente cierto que pueden aparecer en una sesión de es

piritismo.

Pero vamos al caso: Que haya apariciones que se oiga, que se palpe. ¿Qué se saca de todo es to?

Los sabios ; qué han avanzado en tantos años desde que se ha efectuado la materialización? ¿Cuái es la utilidad que deja este fenómeno a esa oscure cida concurrencia?

¿La ciencia ha sacado alguna vez un solo beneficio de todo esto?

Todas estas apariciones no son otra cosa que una batahola: no es enseñanza científica ni enseñanza de virtudes.

Aquello no es más que un entretenimiento horripilante, jugadas groseras y actos inaceptables.

¿Cómo podemos ofuscarnos tanto hasta creer que son las almas de los que mueren las que vienen al llamado de un niño, o de un vagabundo si es que éste tiene la facultad de ser "medium" y que abusando de esa fuerza superior hiciera esos llamamientos para vejar a los muertos?

¡Cuán doloroso sería para nosotros, si bien nos fijamos, que nuestros seres queridos que ya no existen, dejaran el lugar donde reposan para venir a charlar con los vivos!

No, y mil veces no: ellos no vienen.

Creo que el mundo invisible donde el Altísimo ha colocado a las almas de los que mueren, debe estar sujeto a reglas, como está el Universo, como está todo el orden natural de las cosas.

Los espíritus no vienen. El que viene y exclusivamente sólo es el espíritu del mal, al que llamamos demonio.

Si al espiritismo se le quiere llamar doctrina no lo es, es algo que oscurece en el ánimo la luz de la razón: esparce en ella tinieblas, que es muy difícil disipar.

El espiritismo, pues, no es ciencia moral ni re-

ligiosa.

No es ciencia porque nada enseña. No es religiosa porque no tiene principios divinos.

Creer en el espiritismo, es querer envilecernos. El espiritismo es malo; creyendo en él, creemos en el poder del demonio; perdemos nuestra dignidad y aún hasta la razón.





V V

¿Es útil el espiritismo?

Creí útil el espiritismo porque llegué a imaginarme que los espíritus serían muy sabios. Si todo lo ven, decía yo, ¡qué de cosas útiles nos dirán!

Pero, como he demostrado en mis sesiones espiríticas nunca encontré que me dijeran algo nuevo, jamás me dieron luz sobre algo que les preguntara. Hubo alrededor de la mesa espiritizada, personas inteligentísimas e ilustradas que deseaban obtener una respuesta de algo interesante para todos, o cosas satisfactorias de lo que pasa en el mundo invisible; pero jamás se consiguió. Cuando parecía que iban a contestar hemos visto los insultos, la charlatanería con que terminaban.

Pues si no pueden contar lo que sucede allá o cosas que sean nuevas entre nosotros, ; para qué se nos presentan?

Si cuando hablan los espíritus, tenemos que pensar, consultar si será esto o aquello lo que dicen y siempre nos quedamos con la duda. ¿Para qué nos sirven los espíritus? ¿Cuáles han sido los inventos, cuáles los tesoros descubiertos por medio del espiritismo?

¿El minero por qué se fatiga allá entre las montañas, buscando la riqueza de la tierra, cuando con su espíritu familiar y su combo y su barreta degaría sin tropiezo donde estaba el codiciado metal?

¿O se querría decir que esas grandes ideas que aparecen alguna vez en el cerebro de los hombres son

dictadas por espíritus familiares?

Supongamos que esto fuera así ; y por qué esos seres después de inspirar a los hombres ideas tan grandiosas los abandonan a su propia suerte cuando tan fácil sería que el espíritu benévolo tomándolos de la mano los condujera a la gloria?

Nó, no son los espíritus los que dan esos inventos esos son detalles del mismo Dios que dispensa de vez en cuando a las creaturas para manifestar su

grandeza.

Si hubiera algo de verdad: ¡qué de bellas ilusiones no se realizarían por medio del espiritisme!

Oigamos ahora lo que dice el espiritista Allan Kardec: "Los consejos que dan los buenos espíritus, deben someterse al buen criterio y para juzgarlos se necesita saber juzgarse a sí mismo".

Ateniéndonos a esto, es mucho lo que se necesita. Es tarea muy difícil la que imponen los buenos espíritus. Esto solo bastaría para renunciar a

ser espiritista.

Tener un buen criterio y saber juzgarse a si mismo me inclino a creer que es problema no resuelto todavía: esto nos lo dice la propia experiencia; veamos lo que dicen a este respecto autores respetables.

"Los hombres de mayor talento desechan muchas veces, con mayor energía las más evidentes verdades, y lo más difícil es conocerse a sí propio".

-Doctor Leray".

"Conocerse a sí mismo es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.—Cervantes".

Según esto no estamos seguros de tener apti-

tudes para juzgar a los espíritus.

¿De qué nos sirve entonces el espiritismo?

No nos sirve de nada lo que es motivo de confusión. Lo que es verdaderamente un caos no hace más que oscurecer la razón.

Allan Kardec, abogado de los seres invisibles, lejos de esc'arecer la doctrina que preconiza, con sus mismas máximas nos sumerge en un caos.

La verdad debe manifestarse sin dudas y sin

ambajes.

El espiritismo, no sirve por que lo despreciable no es útil.





recommended VI as the sale and expense

No conviene el espiritismo en la familia

La intimidad de los seres invisibles con nos tros los vivientes es algo que no se hermana. Por más que nos hagamos los valientes, a veces un gotpe dado sin saber el motivo, un repiqueteo con los dedos a la cabecera de nuestra cama, nos llena de un pavor inusitado.

Difícil será encontrar entre cien personas, una que no cuente por lo menos y principie de este modo: yo nunca he sentido nada; sólo una vez estando en mi pieza, sentí pasos y en seguida se sentaron a mi lado; encendí luz creyendo que era el gato y no había absolutamente nadie; confieso que me dió "calor" Esto es por no decir: tuve miedo.

¿Qué es el miedo? Es una sensación que sufrimos de improviso, que crispa nuestros nervios sin darnos tiempo para discernir la causa que la produce, es un sentimiento instintivo de temor.

Pero de todos modos, estos miedos instantáneos y frecuentes casi siempre se refieren a lo desconocido.

Estas sensaciones tan comunes, sobre todo en los niños y particularmente en las niñas de corta

edad, suelen tener a la larga fatales consecuencias, que es conveniente evitar; no permitiendo que oigan conversaciones de ánimas, de espíritus o de aparecidos. Esto es tocante a los niños.

Veamos que les sucede a los grandes respecto del espiritismo.

Conozco a madres espiritistas, que para entrar a una pieza llaman a uno de sus hijos para que les

hagan compañía. Una sombra les espanta.

Hay algunos otros que se quedan escuchando, en cualquier lugar que se hallen, lo que les comunican los espíritus. Otros aun en la calle, sacan su lápiz y el libro de apuntes para escribir lo que les anuncia su espíritu familiar. Esto que al parecer es locura, sin embargo no lo es todavía.

El espiritismo sugestiona de tal modo, que una vez ejercitándose en ello, el espíritu infernal se adueña del ánimo de las gentes. El espiritista a toda hora, a cada momento cree ver algo desconocido y sobrenatural, se siente un no se qué, que no podemos explicar, pero que nos espanta.

En esos días de espiritismo, al encontrarme sola, temblaba: una hoja al moverse me alarmaba.

De familia educada sin ideas de miedo o de temor, en esos días cada uno de los niños sentía un miedo irresistible.

No se esperaba la noche para sentir terrores sino que a la luz del pleno día los ¡ay! se repetían sin cesar. No se oía otra cosa que "¡habrá sido un espíritu!" "¡Siéntese a mi lado para que no haya un espíritu!" "Los espíritus, rodean mi cama", decía otra.

Yo trabajaba lo que no es decible por estirpar ese miedo; pero no lo conseguía...ni conmigo misma!

La luz del gas era insuficiente, fué necesario

poner acompañantes en la pieza de los niños.

Era un miedo tan horrible que ya no dejaba paz. Este estado de exaltación debía, naturalmente, tener su resultado. Yo, siendo de una constitución sana, me sentía débil y triste, sin saber por qué. La familia toda, nerviosa y con las caras pálidas a consecuencia de no poder dormir, sin ganas de comer y durmiéndose en mitad del día.

Desde un principio traté de no imponer a los niños de mis sesiones "espiríticas" pero se compren-

de que eso debía ser inevitable.

Era mi familia a la conclusión de los 33 días de espiritismo una verdadera calamidad. Como si a una planta sana y robusta le cayera de repente un chorro de agua hirviendo. ¡Tal me figuro a mi familia en esos infaustos días de espiritismo!

Dios permitió que me desengañara. Se acabó el espiritismo y yo y la familia recobramos la tranquilidad perdida y volvimos a nuestra habitual sa-

lud y alegría.

Espiritizar una mesa se hace a veces por broma, pero téngase muy presente, que al hacer este juguete, se juega con el mismo "Satanás".





XII

Efectos del espiritismo en el organismo de las personas.

Consultando la exitación nerviosa que se nota en las personas allegadas al espiritismo, un afamado doctor en medicina me hizo notar que en el lugar donde entra el espiritismo se pueblan los manicomios.

Esto me lo corroboran tres personas que conozco. "Yo creo que volveré loco" dice un señor que vive muy pendiente de lo que dicen los espíritus. Otro ya ha estado en el manicomio. Y otro se lleva escribiendo a oscuras los consejos que le dan los descarnados.

Otro espiritista he sabido recientemente que no emprende negocio alguno sin consultar antes a los espíritus. El Diablo le ha dicho dos verdades insignificantes y esto le ha bastado para tomarlo por amigo y gasta sin tasa el pobre caballero todo el dinero que puede, esperando el resultado, y todos le auguran su total ruina.

Pero no es solamente la pérdida de la razón la que ocasiona la conmoción nerviosa, la epilepsia, ataques al corazón, etc. Todo es consecuencia natural. De las mentiras y discordias viene así mismo mucho malestar, sobre todo en las personas nerviosas y delicadas.



Apariciones

Los espiritistas dicen que son los espíritus familiares los avisadores de cuanto nos sucede.

Los espiritistas se equivocan. Está probado que para que lleguen esos avisadores, tiene de ordinario que haber primero, aparato escénico. Un mueble o una mesa casi siempre con su respectivo "medium": después una conversación enredada con las distintas interrupciones; los silencios y gasmoñerías haciéndose los preciosos; descifración de las palabras que escriben y revisión de las palabras por el alfabeto. En toda esta algarabía trascurren dos o tres horas entremezcladas con espanto y carcajadas; dicen lo que se les ocurre y los avisos no salen ciertos.

Hay dos clases de apariciones, no confundamos.

Conocemos ya las apariciones del espiritismo. Veamos ahora la diferencia que hay con las apariciones del cielo. Dios permite a las almas de los que mueren que vengan a este mundo para bien de ellos o de nosotros. Pero en esto no hay pantomima, nada que cause ni una sonrisa. Vienen sin ser llamados, no se detienen, no dejan lugar a diálogos; es como si dijeran: "voy a una diligencia y vuélvome al instante". ¿Quién se permitiría la más leve

chanza con esta clese de espíritus? El niño relata con timidéz sencilla lo que ha visto u oído: el hombre serio, el viejo, con emoción y respeto.

No podemos negar la existencia de las almas de los muertos, puesto que existe la inmortalidad

del alma.

Pero convenzámonos: sólo Dios tiene poder para mover estas almas así como tiene para llevarlas. Por esto el demonio que no pierde oportunidad de ejercer su maligno oficio, utiliza la circunstancia de ser él un verdadero transformista: ve las apariciones de Dios y él también quiere imitarlas.

Las astucias de Lucifer para hacer transformaciones, no es lo que debe extrañarnos es recurso in-

dispensable para él.

Lo hace con maestría, porque de lo contrario pronto lo descubriríamos. Conoceríamos la perfidia de sus halagos, su hipocresía, sus mentiras, el spíritu de discordia y su maldad, en fin.

Cuando Aaron arrojó su vara y la convirtió en serpiente, delante de Faraon, no ¿llamó éste a sus hechiceros y éstos hicieron lo mismo, tras-

formando sus varas en serpientes?

Notemos la diferencia. Los hechiceros no tuvieron poder para volver a trasformar las serpientes en varas y la serpiente de Aaron las devoró a todas y se convirtió en vara. Aquí contrarrestó el poder de Dios al demonio. Así pasa con las verdaderas apariciones y las del espiritismo.

Pero qué raro es esto en el demonio: ¿no hemos visto al transformista Frégoli que en el trascurso de dos horas se trasformaba en sesenta distintos personajes de ambos sexos, representando cada uno con naturalidad el rol que desempeñaba?

Ahí ¿admirábamos a cada personaje en parti-

cular? No, sólo a uno, al transformista Frégoli.

Si un hombre que no es diablo, se transforma para ganar su vida: ¿Qué no hará Satanás por ganarnos a nosotros, por ganar el mundo entero?

Como dice el Espíritu Santo. "El oficio del demonio es andar rodeando el mundo como un león ru-

giente, en busca de presa que devorar".

No debe extrañarnos que en las sesiones de es-

piritismo reaparezca el demonio en mil formas.

Una de las verdades, que me dijo, por mandato de Dios, sin duda, en la última sesión, fué "Fuí yo, yo, yo y siempre yo y después una tremenda car-

cajada, ja, ja, ja, ja, ja".

¿No fué el demonio el que se transformó en serpiente y se introdujo al Paraíso? En la soledad de la montaña vestido con el ropaje de la soberbia ¿no se presentó el mismo, tentando y desconociendo a su Creador y diciéndole: "¡Si de veras me adoras te daré lo que señale con mi bastón!

Si bajamos la escala social encontraremos al Espíritu del Mal, transformado de otro modo: Internémonos en bosque, en la montaña o en los barrios populares de nuestras capitales estará allí adivina o hechicero.

Penetremos a las ciudades: lo veremos como

dama juguetona con los naipes en las manos.

Y en los dorados salones tomando la forma de las almas de nuestros muertos! ¡Qué desverguenza y qué ceguedad en todos los que creen y le dan el nombre de espiritismo!

Ya lo vemos, el espiritismo de hoy son aquellas mismas prácticas infernales de los antiguos tiempos, representadas y renovadas hoy día bajo distintas formas según las ideas y gustos sociales.

El espiritismo es muy antiguo, muy viejo, co-

nocido antes con nombres diversos; pero que hoy quiere aparecer como nuevo, bajo el nombre de es-

piritismo; ¡tal es la astucia del demonio!

Mas de una vez he oído decir: "Yo no creo en el demonio". He preguntado, ¿y en Dios? "Oh, eso sí", dicen. Entonces si no hay demonio; lo bueno y lo malo nos viene de Dios? En tal caso Dios no tendría el arbitrio de la perfección.

Creer de este modo es un contra sentido.

El que introduce en una familia la discordia, el que tiene mala intención con su prójimo, el que por envidia levanta un falso testimonio, ¿acaso es Dios?

Si es verdad que existen los vicios apuntados sólo puede ser por obra del espíritu del mal a quien conocemos con el nombre de diablo o demonio.

Dios, es la perfección infinita.

SECCIÓN CHILENA





XIII

Inspiraciones

Así como existe el espíritu del mal, hay que convenir también en que existe el espíritu del bien al cual damos el simpático nombre de "Angel de la Guarda".

¿Quién si no él, nos da las inspiraciones de que nos dolamos del mal de nuestros semejantes y que deseemos hacerles todo el bien posible? ¿Quién inculca en nuestro corazón la idea de cender una mano cariñosa al anciano, al huérfano, al desvalido? ¿Quién, en fin, nos da la compasión y amor por nuestros prójimos y el pensar en que somos hermanos?

Si sentimos todo esto en nuestro corazón convengamos en que verdaderamente existe nuestro angel tutelar o lo que es lo mismo "el espíritu del bien", así como existe el demonio o "espíritu del mal".

Pues, si tenemos un espíritu que nos guía, que nos exhorta a cumplir con nuestros deberes y sentimos en nuestra alma esa tranquilidad que proporciona el deber cumplido, y que a veces también nos da a modo de consejo una inspiración; ya per medio de un sueño, una idea, una casualidad; ¿por

qué hemos de buscar en el espiritismo inventado por el demonio y secundado por los hombres a esos espíritus familiares que tanto se diferencian de los espíritus angélicos.

Nuestros ángeles de guarda nos dan sin que nada les preguntemos, una inspiración y al momento también ponen de trasparencia y sin rodeos lo

que nos conviene seguir.

¿Quién no habrá tenido una idea repentina, y en el acto mismo una especie de consejo que le han hecho seguir algo que le conviene para su propio bien?

Un caballero se encontraba en una casa de campo distante de su familia. Era la media noche y durmiendo como estaba, oye una voz que le decía:

—Van a matarte: el revólver que dejaste debajo de tu colchón ya no está .Despierta, y espantado echa mano del arma que dejara día antes en ese lugar, y no la encuentra. Corre a la puerta a que el mismo ha echado llave, la revisa, está con llave; pero la chapa está suelta y sobre puesta.

Luego el aviso fué un consejo oportuno; porque el caballero tomó sus medidas y evitó la desgracia que irremediablemente habría sucedido.

¿Pero quién no podrá referir inspiraciones co-

mo la anterior?

Las revelaciones o inspiraciones de los espíritus angélicos son oportunas y verdaderas, no hay en ellas nada discordante, todo es breve, fácil y sencillo; como que es obra de un ángel mandado por la Providencia.

Los avisos de los ángeles pueden llamarse avi-

sos consejos.

Los del espiritismo no son ni avisos, ni consejos: no son más que espiriterías mal urdidas e intendibles. Nada cierto nos avisan después de ofrecerse a ser nuestros compañeros.

¿Pero el demonio qué puede avisarnos?

Los espiritistas se ofuscan cambiando al espiritu celestial que al nacer nos donó el mismo Dios para que fuese nuestro compañero ;por un espiritu transformado!

Revisemos el oficio de los ángeles desde los antiguos tiempos hasta hoy, siempre es el mismo;

llevando y trayendo misiones de paz.

Angel y no demonio anunció a María la Encarnación del Divino Verbo. Angel el que avisó a los pastores el nacimiento del Hijo de Dios. Angel el que confortó en el Huerto al Salvador del Mundo, y el que guió al joven Tobías. Angel el que dió fuerza y energías al inmortal Colón para descubrir el Nuevo Mundo, y Angel el que cada día nos inspira buenos sentimientos y el que nos acompaña hasta la muerte.

He tratado de probar como he podido que el espiritismo no es más que "un solo espíritu transformado con mucha arte, con mucha malicia.

No olvidemos que la doctrina espiritista tiene

por jefe a Satanás.

Al prohibir la Iglesia bajo pena de excomunión mayor la doctrina espiritista, lo ha hecho con la prudencia de una buena madre para librar a sus hijos que caigan en un abismo.

Acatemos su voluntad!





XIV

Conclusión

Al terminar la lectura de esta obrita, se presentará espontáneo y natural a la mente del lector un pensamiento: existe el espiritismo; sus fenómenos reales y mil veces comprobados en todo el mundo, y por toda clase de personas son la prueba más clara e irrefutable de lo sobrenatural.

¿No hay nada más allá de la vida presente? Pues, ¿cómo explicarán los ateos y materialistas los fenómenos del espiritismo? No los explicarán, los negarán talvez; como lo han hecho con la vida y prodigios del Salvador y de los Santos; pero negar no es probar, negar hechos evidentes, de los que la historia y el mundo dan testimonio, es confesar implícitamente la propia ignorancia, es esforzarse en ocultar un derrota que la obstinación y la terquedad patentizarán más y más a los ojos de los hombres que piensan y discurren.

No, ateos y materialistas, en vano tentais negar lo sobrenatural... el espiritismo os confunde. Satanás os dirá que mentís, que el alma no muere, y que más allá de la presente vida hay otra, mistriosa sí, pero real en la que el hombre recogerá el fruto de las obras buenas o malas sembradas en la

presente.

Mercedes Echeverría de Vargas.

TIX

Complete Mar

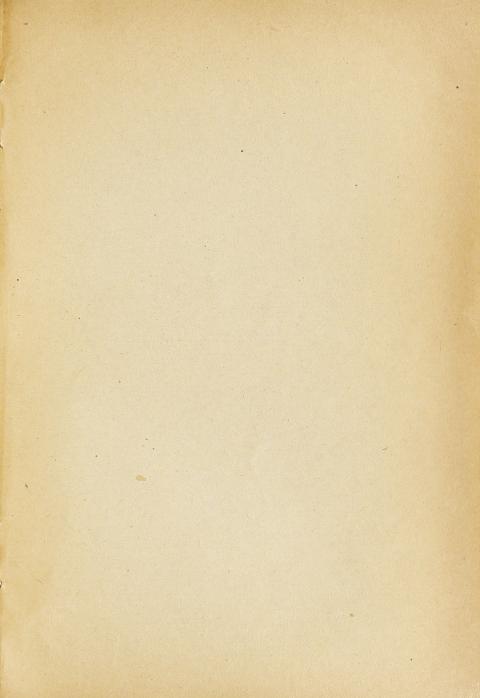
engang de all'idocidas el entroll el terdintel la constitució altronomical el constitució altronomical el constitució al constitució de la constitució de la

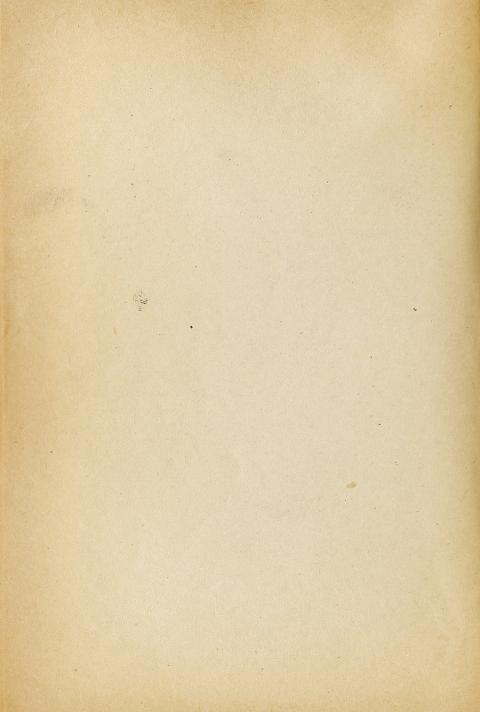
An an accompany of the property of the control of t

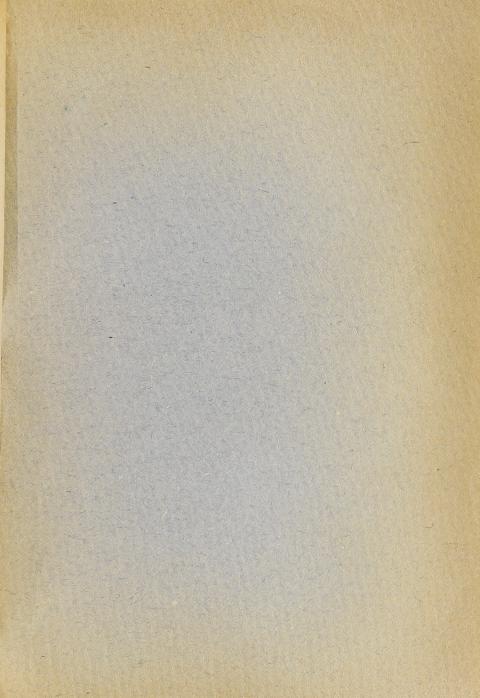
The address of a property of the contract of t

ASMISHUTE

Mesonder Echerorya de Vargua







Colección "Alborada"

- 1.0 Sangre Generosa Viglietti (Salesiano).
- 2.0 Aventura de un Pillete Don Bosco.
- 3.0 Vida de Domingo Savio. Don Bosco.
- 4.0 Don Bosco decía así... Cojazzi.
- 5.0 ¿Quién fué el asesino? Spillmann.
- 6.0 El Valle de Almeria.
- 7.0 Memorias de un Angel Custodio.
- 8.0 33 días de espiritismo. M. E. V.
- 9.0 La fuente sagrada de Chichén-Itzá.

Pedidos: "Dirección Alborada" — Casilla 16 Santiago.